

La Historia de cara al Siglo XXI: apuntes para un debate inminente.

Autor: Luis Alberto Buttó
 Doctor en Historia
 Universidad Simón Bolívar. Caracas. Venezuela
 e-mail: lmontes@usb.ve

RESUMEN

De cara al devenir del siglo XXI, la discusión en torno a los alcances y perspectivas de la Historia como ciencia, en modo alguno puede obviar la reflexión epistemológica centrada en la redefinición de su objeto de estudio, genéricamente sintetizado en el concepto *Hecho Histórico*. En consecuencia, cabe formularse preguntas del siguiente tenor: ¿hasta dónde dicha definición continúa teniendo la validez suficiente para ser aceptada de manera consensual por los practicantes de la investigación histórica? ¿Hasta dónde es necesario acotar el término para materializarlo en categorías de análisis ciertamente operativas que proporcionen al trabajo historiográfico dosis crecientes de pertinencia y utilidad social? ¿Cuáles son los factores que en la actualidad conllevan al cuestionamiento de la Historia como disciplina individualizada en el concierto de las disciplinas académicas encaminadas, en teoría, a incrementar el vasto acervo que conforma el saber humano? Intentar algunas respuestas a dichas interrogantes es el objetivo central del presente ensayo.

Palabras claves: Historia / Posmodernidad / Historiografía / Concepto *lo histórico*.

History in the twenty-first century: notes for the imminent discussion.

ABSTRACT

Looking to the future of the twenty-first century, the discussion about the scope and perspective of History as a science, including the epistemological reflection on their subject of study, generally summed up in the concept historical fact. Consequently, it is prudent to ask questions like the following: ¿how far that definition continues to have the validity enough to be accepted on a consensual by practitioners of historical research? ¿How far it is necessary to limit the term to give the historiography increasing degrees of relevance and usefulness to society? ¿What are the factors that currently lead to the questioning of History as a discipline individually in the concert of academic disciplines, in theory aimed at increasing the vast wealth that makes up the human knowledge? Try some answers to those questions is the central objective of this paper.

Keywords: History / Postmodernism / Historiography / Historical Fact.

I. *Introito.*

Sin el aguijón de la curiosidad no es posible ser historiador.
 Pero esto no basta, pues si la curiosidad no está dirigida,
 puede dar en perseguir una omnisciencia sin designio ni objeto.
 La curiosidad de todos los grandes historiadores siempre
 fue canalizada en la tarea de responder a alguna cuestión

que tenía significación práctica en su generación y que podía formularse en términos generales, así: «¿Cómo esto derivó de aquello?».

Arnold J. Toynbee. *Estudio de la Historia*.

El advenimiento de una nueva época en el devenir de la humanidad, la llamada posmodernidad, y la correspondiente conformación de los elementos culturales que la caracterizan, incluyendo la aparejada emergente forma de pensar el mundo y la sociedad que le es propia, han puesto sobre el tapete la necesidad de debatir a fondo el proceso de construcción del conocimiento científico y los mecanismos a través de los cuales dicho conocimiento, al trasponer los confines de los ámbitos donde se genera, puede resultar elemento propiciador del mejoramiento de las condiciones de vida de la especie humana.

El punto central de la controversia radica en la crítica a la creencia sostenida por siglos de que el progreso humano es posible e ilimitado, en tanto y cuanto, producto del razonar científico caracterizado por cánones validados con el arribo de la modernidad y la liberación del acto humano del fatalismo engendrado por la voluntad divina. Los argumentos esgrimidos con la intención de arriar las banderas izadas por la modernidad, se estructuran en vista de que la situación real de significativos, por numerosos, grupos de población dispersos por el planeta víctimas de exclusión social, hambre, epidemias y pandemias, guerras intestinas, intolerancia política, racial y religiosa y pare de contar, parece desmentir lo inevitable y seguro de tan prometedora utopía.

La historia como ciencia no escapa (resultaría vano oficiar de avestruz para, en consecuencia, pretender inocularse contra el alud en desarrollo) al cuestionamiento que por tales razones cimbra al grueso de las disciplinas encaminadas a incrementar el saber humano, tanto en el área de las llamadas especialidades duras, naturales o exactas como de las sociales, clasificación didáctica ya clásica, elaborada en función de objetos de estudio y métodos de trabajo diferenciados. Y la crítica a la Historia es, con mucho, y con razón quizás, mayor que la destinada a otras ciencias, en la medida que el producto arrojado por el investigador histórico luce a ratos desfasado de las crecientes necesidades del hombre en la época que corre, dado el caso que la tradición reinante se empeña en presentarla como esfuerzo y herramienta prestos a develar los misterios e intrínquilis del pasado, en

momentos en los cuales lo que con primacía angustia a los receptores del conocimiento científico no es otra cosa que el, por demás, incierto futuro.

En la actualidad, por ejemplo, mientras millones de personas provenientes de países subdesarrollados cruzan todos los días, y por diferentes medios, cualesquiera fronteras geográficas, huyendo del desaliento para perseguir un mañana que se afanan en soñar mejor, buena parte de los historiadores oficinistas se centran en hurgar en realidades dejadas atrás por el tiempo, cuyo entendimiento deviene innecesario para el potencial consumidor, obligado a mirar hacia delante en aras de la personal supervivencia. ¿Es entonces necesario repensar la ciencia histórica para acoplarla a los tiempos actuales y otorgarle un nuevo fin social distinto al que con tanta laboriosidad le adjudicaron anteriores pensadores, que lucharon por colocarla en el sitio de honor alcanzado a partir de la segunda mitad del siglo XIX y, más concretamente, desde la cuarta década de la centuria pasada? Intentar algún tipo de respuesta a esta interrogante es el objetivo central del presente ensayo, sin vana pretensión de agotar el tema y a sabiendas que sólo se logrará asomar algunos elementos para la discusión insuficientemente abordada e imposible de ser desechada.

II. El desprestigio de la Historia: signo del tiempo corriente.

Con pasmosa facilidad y absoluta ceguera para medir los riesgos implícitos, profesionistas titulados en diversas especialidades de las llamadas ciencias sociales, no propiamente historiadores, reclaman para sí el reconocimiento de sus trabajos de investigación como productos historiográficos, cuando al adentrarse en el estudio de los temas que le son propios por áreas de competencia se asumen dotados de la suficiente capacidad para generar conocimiento histórico, al adjetivar, irresponsablemente, de socio-histórica la investigación adelantada. Tal audacia intelectual en sí misma incurre en redundancia inexcusable y resume el supino desconocimiento mostrado por quien propone el término, de que todo hecho histórico es social por naturaleza, pues precisamente el accionar humano en sociedad es, por antonomasia, el eje central de la Historia entendida como ciencia.

A lo anterior se adiciona la pretensión de otorgar carácter historiográfico a sus disertaciones escritas por parte de economistas, educadores, sociólogos, politólogos y

licenciados en letras, por citar tan sólo cinco ejemplos, entre muchos, al presentar al escrutinio de lectores y evaluadores los manidos *antecedentes históricos* del problema abordado, resabio metodológico arrastrado durante décadas como consecuencia directa del inútil, falaz y ambicioso empeño por acartonar la magia y aventura de la investigación científica en recetas preconcebidas, supuestamente de obligatorio cumplimiento.

Así, la investigación histórica es descalificada abiertamente al reducirla a mero complemento de trabajos henchidos de supuestos mayor seriedad, envergadura y alcances, y deviene accesorio superfluo de disciplinas arbitrariamente consideradas más sólidas, dado el manejo por parte de sus practicantes de herramientas valoradas esenciales en el sacrosanto tinglado montado alrededor de lo que, en buena parte de las aulas universitarias, con arrogante aspiración de universalidad, se vocea indiscutida metodología de la investigación; verbigracia, el uso de series estadísticas, grupos control y experimentales y demás adminículos por el estilo.

Por otra parte, no menos numerosa cantidad de simples aficionados, sin estar debidamente formados en la muy particular y exigente disciplina de la investigación histórica, recurrentemente se lanzan al ruedo a redactar y presentar a los cuatro vientos trabajos supuestamente coincidentes con el canon establecido para esta especificidad del saber humano. Valiéndose, a tales efectos, de los contactos personales establecidos en su transcurrir vital, los responsables de tan tamaña osadía reciben, en no pocas contadas ocasiones, amplísima difusión a sus escritos en los órganos generadores de opinión pública y, a la corta y a la larga, usufructúan al máximo la crematística relacionada. Tal proceder estimula en el común de la gente la conformación de dos simplistas y erradas percepciones, cuál de ellas más lesiva, para el fortalecimiento de la ciencia histórica, individualizada como debe estar en el vasto espectro del quehacer científico.

En primer lugar, se difumina en el imaginario colectivo la ideológica creencia (entiéndase aquí ideología en una de las acepciones marxistas del vocablo: falsa conciencia de la realidad) de que cualquiera, sin requerimiento alguno de haber sido debidamente instruido en la metodología correspondiente, puede dedicarse a historiar, lo cual, en buena parte de las veces, se traduce en el muy americano significado del verbo, extraído del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia; vale decir, ..."Complicar,

confundir, enmarañar"... A tal punto llega la confusión, que lo ahora singularizado novela histórica es promocionado como ideal y norte del trabajo historiográfico bien concebido y se erige objeto de culto en la hoy dominante cadena de la industria del ocio y el entretenimiento.

En segundo lugar, estimula a presentadores de programas de opinión y noticieros transmitidos por medios de comunicación de masas audiovisuales (la prensa escrita no escapa al fenómeno, dicho sea de paso) a recurrir al nada inusual comodín de introducir la intervención de determinados invitados a dichos programas otorgándoles el título de "historiadores" (entre comillas *ex profeso*), quizás con la desesperada intención de adjudicarle cierta respetabilidad a los planteamientos hechos, ante la ausencia de otras credenciales académicas dignas de resaltar. En consecuencia, este pretencioso e injustificado reconocimiento -por el contrario bien merecido por los verdaderos historiadores- se traduce en la inexcusable acción de banalizar *ad náuseam* la siempre digna labor del científico social centrado en hurgar en la Historia como *res gestae* (el hecho histórico en sí) y afanarse en la construcción de la Historia como *historia rerum gestarum*; vale decir, la interpretación del hecho histórico, lo cual implica, Perogrullo *díxit*, la aplicación de la metodología correspondiente para llegar a conocerlo, desentrañarlo, analizarlo y comprenderlo cabalmente.

Por todo lo anteriormente expuesto, resulta en grado sumo comprensible la inusitada frecuencia con que la ciencia histórica es vituperada de manera inmisericorde con el calificativo de disciplina menor, situación en la cual, amén de lo descrito *ut supra*, juegan destacados papeles el abuso al que está sometida la disciplina por parte del poder constituido y cierta equivocada actitud desplegada por muchos historiadores para con su propia profesión. En cuanto a lo primero, es de sobra reconocida la aberrante conformación de la Historia como aparato ideológico en manos de facciones partidistas enquistadas en las maquinarias del Estado y del gobierno, en aras de justificar, validar y perpetuar el despliegue de determinado proyecto de dominación política, militar, económica, social y hasta cultural.

En aras de materializar este condenable uso de una ciencia pensada con más loables fines, ideólogos y propagandistas de regímenes políticos de diversa laya se dan a la tarea de

interpretar los hechos históricos a su leal saber y entender, para avalar a troche moche determinadas ejecutorias que, de no presentarse como actos reivindicatorios a supuestas o reales injusticias sociales, resulta de procesos voceados sempiternos; esto es, procesos perdidos en el tiempo pasado que continúan desarrollándose en el tiempo presente, no podrían entenderse ni, mucho menos, aceptarse por parte de los colectivos afectados por dicho proceder, pues se develarían vulgares negaciones y desviaciones de los avances materiales y espirituales acumulados por la humanidad a lo largo de la vigencia de la época con fines didácticos bautizada modernidad. Vale decir, controladores del aparato estatal y gubernamental que conscientemente tergiversan la Historia como hecho e interpretación, para cacarear a diestra y siniestra la pretendida bondad de un accionar desfasado en el tiempo que, contrariamente a lo esperado, actúa como comburente de los males sociales en teoría llamados a enfrentar.

Es la Historia entendida como instrumento utilizado, verbigracia, con la *non sancta* intencionalidad de exaltar el espíritu patriotero y chovinista de los pueblos al pretender crear y/o fortalecer identidades nacionales, regionales y locales supuestamente con claridad meridiana delimitadas y en consecuencia consagradas. Ejercicio mediante el cual, por un lado, acciones heroicas del pasado se erigen a trancazos paradigma imitable, canon de comportamiento a seguir por las generaciones presentes y futuras, acto de entrega, voluntad y sacrificio digno de ser emulado sin mayor interpretación al respecto y, por el otro, toda manifestación de orden político, social, económico o cultural considerada autóctona, propia, soberana, capaz de individualizar a las multitudes genéricamente englobadas en el vocablo pueblo cuando éste es construido con artificio, ha de contrastarse y contraponerse a la *otredad*, representada por masas de individuos de diferentes nacionalidades, culturas, origen étnico o grados de desarrollo relativo.

Es decir, identidades que adolecen del sospechoso trasfondo que animó a quienes así las concibieron y proclamaron, y cuya defensa o promoción no persigue más que la bastarda misión de preservar cierto tipo de dominación establecida o por establecerse. Interpretación malsana del pasado, delirante exacerbación de lo vendido como heroico, digno, patriótico y justo, encaminada al establecimiento de compromisos de acción por parte del colectivo que se pretende asuma valedera dicha interpretación. Caricaturesco,

pero efectista, discurso oficial y oficioso, estructurado sin apego alguno al adecuado manejo del contexto propiciador del hecho, fenómeno o proceso destacado, a sabiendas que la comprensión de dicho contexto en modo alguno puede considerarse actividad marginal o secundaria y que, por el contrario, ayuda a desnudar el grado de manipulación colectiva al que se aspira con la propagación de tan infame y reducida visión de la Historia.

En cuanto al segundo planteamiento, raya en lo inexplicable el manifiesto desdén sostenido para con la Historia como disciplina académica por algunos de quienes, aun siendo historiadores de oficio y con oficio, se afanan en negarle su bien ganado carácter científico, labrado a punta de definir con toda claridad, en especial luego de los aportes brindados por la *Escuela de los Annales*, su objeto de estudio y el específico método desplegado para abordar la comprensión de dicho objeto. Tal empeño, que bien pudiera aprovecharse en la conquista de objetivos de mayor trascendencia, parte de la limitada, atrasada y superada visión existente en torno a la ciencia concebida bajo el prisma del positivismo a ultranza, conceptuado a partir de los patrones establecidos para las denominadas ciencias naturales, duras o exactas, por sus propias características en capacidad de formular leyes experimentalmente demostrables. A mi entender, en esta infantil obsesión por definir a las ciencias sociales en términos del paradigma positivista, priva el desconocimiento absoluto de la real epistemología de las ciencias vinculadas directamente a la acción del ser humano; o lo que es lo mismo decir, la forma bien particular cómo se construye este tipo de conocimiento.

A todo el cuadro anterior, se suma la en nada aparente contradicción entre una ciencia que demanda para sí la atención, el respeto y el financiamiento del colectivo social, mientras dicho colectivo se pregunta, y no sin razón, acerca de la utilidad a encontrar en ella, cuando el grueso de sus productos, fundamentalmente la historiografía, pero también acciones concomitantes como el descubrimiento de viejos papeles y la organización, cuidado y mantenimiento de archivos, por ejemplo, luce destinado no a ofrecer respuestas más o menos serias, más o menos sustentadas, más o menos susceptibles de ser traducidas en acciones operativas y viables, a sus angustias cotidianas y futuras, sino a enriquecer el acervo de una elite regodeada en la erudición ostentosa, que medra y oye crecer la hierba en

la burbuja de aire insuflada en los salones de las Academias y/o en el campus que la acoge, ocupándose de temas que sólo a sus iniciados interesa.

O como los caracterizó, no sé si con aguda ironía o descarnada decepción, Manuel Moreno Fraginals ..."Ciudadanos pacíficos, que llegaron a las disciplinas históricas por una cierta curiosidad intelectual y cuya misión más trascendente es este acumular de datos, este escarbar de fuentes, para escribir sus obras. Y, en los peores y más numerosos de los casos, dedicados sólo a acopiar de acopios, a acumular de selecciones previas"...¹. Profesionales ensartados, *motu proprio*, en el círculo vicioso..."de tu libro y el mío, de te-escribo-la nota-de-tu-libro para que luego tú-me-escribas-la-nota-de-mi-libro"...²

Así las cosas, víctima de la banalidad con que se la trata, con insuficiente hacer por parte de los historiadores para revertir tal tendencia, y despojada de mayor relevancia y pertinencia social, no extraña que la Historia se asome al siglo XXI tan disminuida a los ojos de la población en general y tan vilipendiada por los cultores de otras disciplinas científicas, al no comprender su esencia y finalidad (igual de insuficiente es el esfuerzo de los historiadores por adelantar la explicación correspondiente) al extremo de considerarla ejercicio intelectual subalterno y marginal.

Tampoco sorprende la polémica suscitada con relación a la vigencia, importancia y perspectivas de la ciencia histórica en la actualidad, signada ésta por el entronizamiento de la corriente de pensamiento bautizada posmodernidad, cuya definición, indicadores y extensión es también motivo de discusión en amplios círculos intelectuales. Para decirlo con la mayor exactitud posible, el ciclón que asola a la ciencia en general deja sentir sus embates sobre la Historia en particular. El asunto es de suyo trascendental pues anuncia incluso la socavación de los basamentos conceptuales sobre los que por lo menos en los dos últimos siglos, se construyó la propia idea de lo que el hombre moderno llegó a entender como ciencia en términos globales y como ciencia histórica en términos individuales.

Aún es temprano para avistar el desenlace de la polémica desatada, pero lo que sí está claro es que sus magnitudes son extraordinarias y alertan inclusive sobre la posibilidad de desencadenar la conformación de emergentes esquemas y paradigmas. En este sentido, encajan las interrogantes y respuestas formuladas por Carlos Barros:

¿El concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad? Pensamos que sí (...) A finales de siglo se impone un concepto de ciencia que pone término a la separación positivista objeto/sujeto, ¿puede la historia permanecer ajena a esta revolución científica, cuando su propia práctica la (sic) llevado a concluir que no existe una verdad absoluta al margen del observador actual y del sujeto histórico? (...) La reconstrucción del paradigma común de los historiadores, sin el cual la historia será incapaz de superar el desmigajamiento actual y recobrar su papel en la sociedad, requiere tomar nota de los cambios paradigmáticos en el conjunto de las ciencias sociales, y en la concepción general de la ciencia.³

Así pues, la controversia en torno a la vigencia de la Historia como ciencia y al quehacer del historiador como científico social que es, renace y reclama urgente atención en el tiempo que corre. Lamentablemente, los aportes dirigidos a evacuarla no suman la abundancia requerida, pues en su mayor parte provienen de los desvelos atinentes a los especialistas en epistemología y filosofía de la Historia, dado que el grueso de los ejercitadores de la especialidad considera el debate mera, innecesaria y pretenciosa especulación teórica y se circunscribe a la labor empírica en aras de mantener el ritmo y cadencia de la producción historiográfica. Craso error a mi entender, por cuanto tal comportamiento se traduce en la acción de soslayar una alerta del siguiente tenor, dirigida a la ciencia en general:

Ninguna práctica humana está hecha sin algún presupuesto teórico (sabiéndolo o sin saberlo). Menos aun en el espacio público donde los actores están cargados de creencias, de prejuicios, de suposiciones, de convicciones, de fantasmas (...) Las teorías hacen que la gente vea unas cosas y no otras. Según las teorías que apoyan las líneas de acción, se valoran unos factores y no otros, se direcciona la acción en un sentido y no en otro, se priorizan unos elementos y no otros. En cada caso, lo que está funcionando por detrás es una cierta concepción que termina imponiendo su ley.⁴

O esta otra advertencia, pensada para la Historia en particular:

Es imposible separar la observación de la teoría en la labor de llevar a cabo una investigación histórica efectiva sobre el desarrollo de los sistemas. Cuanta más conciencia nomotética tenga un historiador, más efectiva será su investigación. La conciencia nomotética es una función del tipo de conocimiento teórico que está a su disposición. Dependerá mucho, por supuesto, del alcance y calidad de dicho conocimiento.⁵

Ante el marco descrito, es dable cuestionar cualesquiera supuestos implícitos y proponer novedosas definiciones de Historia como actividad académica enmarcada en los esfuerzos generales por incrementar el saber humano. En consecuencia, luce necesario

repensar ya no tan sólo el método utilizado por la ciencia histórica para abordar el estudio del objeto inherente, sino, incluso, dicho objeto, en aras de redefinir su especificidad hasta donde sea posible y trazar los vasos comunicantes con otras disciplinas científicas, habida cuenta la necesidad de asumir la vigencia de los paradigmas interdisciplinario y transdisciplinario. ¿Es factible cristalizar en hechos concretos tan aparentemente desmesurado y osado objetivo? Sí y sólo sí, el erotema central formulado se atreva indagar sobre aquello de lo cual en concreto ha de ocuparse la Historia como ciencia, por más voces en contrario que aleguen hartazgo o futilidad en tal empresa, por supuesto agotamiento del tema.

En momentos de inconformidad, rebeldía, duda y sacudón intelectual que no se avecinan, sino que se han instalado sin más, ninguna verdad epistemológica, por más consagrada que luzca dada la supuesta decantación otorgada por el tiempo en que ha prevalecido y en el que por ende se ha popularizado, puede pretender ser incólume al cuestionamiento en boga. En conclusión, el historiador de nuestros días tiene ante sí dos inexcusables tareas: (i)interrogarse con mente fría, amplitud de criterio y deslastrándose de castradores pruritos académicos, sobre el objeto de su afán investigativo; y, (ii)proponer elaboraciones teóricas encaminadas a avanzar en la redefinición de dicho objeto, al asumir el supuesto de que el hasta ahora consagrado evidencia innegables signos de agotamiento, en función de la nula y/o escasa pertinencia, utilidad y relevancia social mostrada de cara a la dinámica socio-política en pleno desarrollo.

III. El desiderátum de la ciencia histórica: la comprensión de "lo histórico".

Más de lo que sería dable esperar, en términos filosóficos (razón de ser) el trabajo del investigador histórico es conceptualizado, más bien entendido tanto desde la visión de muchos cultores de la Historia como *historia rerum gestarum*, como desde la percepción de los legos en la materia, como el sistemático y documentado intento por analizar concienzudamente determinado conjunto de hechos, sucesos, fenómenos y/o procesos acontecidos en el pasado (fundamental para la selección de los temas a estudiar resulta la definición de tiempo pasado asumida previamente) más o menos relacionados en causas, características o consecuencias, más o menos acontecidos con simultaneidad o secuencia

temporal y con mayor o menor precisión ubicados espacialmente. En consecuencia, los ensayos historiográficos resultantes privilegian en su contenido, la presentación detallada y cronológica de los mencionados hechos, sucesos, fenómenos y/o procesos, tratando al máximo de englobarlos en validadas categorías de análisis construidas con base en la identificación de elementos concatenados o que en su tratamiento particularizado coadyuvan a la concatenación factible.

A estas alturas del desarrollo científico y tecnológico, cabe preguntarse si esta concepción de la Historia como disciplina académica individualizada continúa teniendo validez o si por el contrario es perentorio repensarla para adecuarla a las exigencias de lo que devino en llamarse sociedad del conocimiento, donde sin discusión alguna los intangibles adquirieron la condición primordial de factores generadores de valor agregado y principal fuente de riquezas de las naciones del orbe, razón por la cual la propia definición de conocimiento y de conocimiento útil y socialmente necesario demanda ser sometida a discusión.

Al romper, se me ocurre que lo segundo es saludable y recomendable, pues en la praxis cotidiana de la investigación histórica y en los productos plasmados en la historiografía consecuentemente elaborada, la labor desplegada por el historiador en su papel de científico social consagrado como tal, resultará radicalmente distinta si se aparta del paradigma expuesto en el primer párrafo de esta parte del ensayo y asume por el contrario que el objeto de estudio de la Historia es lo que , a falta de mejor apelativo, me atrevo a categorizar *lo histórico per se*; entendido como la conjunción de acontecimientos ocurridos en el pasado o de procesos gestados en el pasado, cuya impronta, sin mayores dificultades al respecto, es viable detectar en el presente y/o es igualmente viable identificar se proyectará en el futuro inmediato o mediato. Dicho en otros términos, acontecimientos o procesos a partir de los cuales es factible trazar las coordenadas de una documentalmente demostrable continuidad que atraviesa como eje transversal la totalidad de las convencionales separaciones temporales genéricamente denominadas pasado, presente y futuro.

En consecuencia, lo planteado es la nada fácil tarea de seleccionar para su análisis, estudio, comprensión e interpretación sucesos acontecidos en el pasado y/o procesos

incoados en el pasado (al igual que en la inicialmente expuesta concepción de la Historia como ciencia, lo que se entiende como tiempo pasado termina condicionando la selección del o los temas a considerar) cuyas fuentes documentales asociadas, al ser sometidas a la metodología de la crítica histórica, permitan obtener información adecuada, pertinente y relevante que conduce a caracterizarlos con la mayor certeza posible como trascendentes; esto es, capaces de generar secuelas y derivaciones sentidas en el presente y por sentirse en el futuro inmediato o mediato. O lo que es lo mismo, sucesos y/o procesos rastreados en el ayer que son la causa principal, la explicación fundamental de lo que ocurre en el hoy y ocurrirá en el mañana, de forma tal que la consciente intervención humana sobre ellos garantice en buena medida la positiva modificación del presente y/o la construcción del futuro consensualmente deseado.

En otras palabras, la Historia como ciencia dedicada a la exploración y abordaje de *lo histórico* (si tal concepto es acotado en los términos referenciales descritos) es la ciencia propiamente convocada -siempre estará por medirse el grado de satisfacción de las expectativas trazadas- a desentrañar el peso del eterno ayer que los hombres y mujeres en sociedad arrastran en su hoy acuciante y concreto y que con elevado grado de verosimilitud arrastrarán en el mañana aparentemente incierto. Obviamente, el menester del historiador ganano a esta tarea en no poca medida girará en torno a la obligación de responder al requerimiento proveniente de su entorno social para que avance con paso firme en la demostración documental del cómo y el porqué las mencionadas secuelas y derivaciones han llegado y llegarán a manifestarse y se atreva a proponer senderos de acción destinados a contrarrestar, en la medida de lo posible, dichas manifestaciones, si así fuese socialmente deseable hacerlo.

Y al hablar de comprobación vía la data extraída de documentos, tengo en mente un concepto de estos rabiosamente peleados con la que debería estar en desuso acepción de papeles escritos que tienen la única virtud de reposar en archivos y/o engrosar las páginas de las recopilaciones correspondientes. El pulsamiento de *lo histórico*, en una época definida por la infinita proliferación de fuentes en capacidad de aportar datos cuya interconexión permite armar la información requerida, tiempo ha se despojó del uso de

mascarillas y guantes pensados con la finalidad de proteger el organismo del daño causado por el polvillo acumulado con el transcurrir de los años.

En tal sentido, el punto de partida del ejercicio del oficio de historiador es sumar, vía la reflexión epistemológica desarrollada, la deconstrucción del conocimiento efectuada a la par y/o derivada de la investigación histórica concreta y el aprendizaje desprendido de la experiencia y la experticia acumuladas, las condiciones intelectuales mínimas necesarias para aprehender cabalmente lo inmanente del concepto *lo histórico* asomado líneas atrás, a fin de transformarlo en categorías de análisis ciertamente operativas a partir de las cuales puedan generarse productos historiográficos apartados del canon tradicional. En concreto, capacidad de razonamiento suficiente para permitir la correcta individualización de aquellos acontecimientos o procesos a los que pueda otorgárseles el significado de históricos con satisfactorios grados de correspondencia.

Como es de suponerse, *lo histórico* sólo ocurre y se enmarca en el llamado tiempo histórico, en nada emparentado con las de generalizada aceptación subdivisiones de tiempo físico: pasado (lo transcurrido), presente (lo que transcurre) y futuro (lo por transcurrir). Por esta razón, párrafos *devant* advertí que la definición de pasado atesorada *in mente* por el historiador condiciona de manera insoslayable la selección de los temas causantes de sus afanes y desvelos investigativos. Aferrado a la convencional acepción de pasado -más correctamente debería decir la coloquial acepción de pasado- el fruto del trabajo del historiador; la historiografía en concreto; solamente será reconocido y aceptado como tal si se centra en la consideración de hechos, sucesos, fenómenos y/o procesos dejados atrás por el colectivo al cual son inherentes, lo cual, si a ver vamos, lo constriñe a ser divertimento de quien lo produce y de quien lo consume, destinado a incrementar la cultura general y/o enciclopédica frecuentemente medida en programas de concurso televisados. O sea, conocimiento cuyo descarte sería si no recomendable por lo menos no traumático, en tanto y cuanto no agrega valor al mejor vivir del ser humano entendido en su faceta gregaria.

Frente a esta timorata, por decir lo menos, concepción de lo que ha de indagar la Historia, se erige la constatación, tanto en lo personal como en lo colectivo, de que realidad alguna es lo que *es* sino lo que *viene siendo*, razón por la cual de ningún modo ni por ningún motivo el historiador, so pena esté dispuesto a perder la real perspectiva de la

misión socialmente a él encomendada, está obligado y/o limitado a permanente y preferentemente mirar hacia atrás en la búsqueda del objeto de estudio de la disciplina científica en la cual se formó. Muy por el contrario, la acuciosa observación del historiador debe centrarse en la actualidad, en idéntica proporción descubra en ella la preclara expresión del evidenciado *continuum* de los actos humanos, gestados y gestándose en..."una dimensión en la cual la convencional división entre *pasado*, *presente* y *futuro* es substituida por un haz de tendencias que atraviesan, con desigual vigor y persistencia, las tres etapas convencionales"... [Itálicas del autor].⁶ Vale decir, ser consciente de que el pasado y el futuro se subsumen en el presente y no se diferencian de éste. En otras palabras, que el pasado bien puede no ser lo que pasó sino lo que pasa y el futuro no está por pasar sino que pasa, más allá de las comprensibles restricciones del hombre para entender esto que a simple vista luce un galimatías.

Valiéndome de la anterior reflexión, interpreto el concepto de Historia puesto a la consideración de sus pares más de media centuria atrás por Marc Bloch, recurrentemente reseñado en trabajos de este tenor a la par de, a mi entender, insuficientemente comprendido en todo cuanto metodológicamente hablando siempre implicó; a saber ..."ciencia de los hombres en el tiempo"...⁷ Y esto dicho simultáneamente con la proposición de entender de manera operativa el concepto de tiempo histórico como único posible de delimitar las coordenadas en medio de las cuales anida y se desarrolla *lo histórico*. Tiempo histórico que a estas alturas de la evolución del pensamiento, en un siglo anunciado por muchos posmoderno, no puede menos que conceptuarse la ..."simultaneidad de duraciones, movimientos y cambios diversos que se dan en una colectividad humana a lo largo de un período determinado".⁸

Noción que a su vez plasma en herramienta concreta para el análisis otro concepto igualmente manido de tanta cita que lo ha acogido: tiempo de larga duración o tiempo largo (en el que con preferencia ha de discurrir el interés del historiador) acuñado por Fernand Braudel para delimitar las fronteras con los también por él propuestos tiempo corto y tiempo medio o coyuntura, en tanto y cuanto aquél se corresponde con las estructuras, a su vez definidas ..."constantes de diversa tipología (económicas, sociales, culturales,

psicológicas, etc.) que durante un largo período de tiempo constituyen imposiciones o barreras a los cambios, como por ejemplo las mentalidades"...⁹

En consecuencia, a la caza de lo aquí denominado *histórico*, el historiador *debe* partir de lo constatado en el presente y también *puede* partir de lo que intuya prevalecerá en el futuro, en aras de entrelazarlo, vía la identificación de causales primigenias y la propuesta de líneas de acción estratégica destinadas en teoría a recomponer el cuadro pintado por dichas causales, con lo descubierto en el pasado, en tanto y cuanto esos o cuales fenómenos originados en el ayer, constituyen constantes históricas que frenan, retardan, limitan o condicionan el devenir de los pueblos de cara al hoy y al mañana. Por consiguiente, aquello inviable de comprobarse constantes históricas; vale decir, fenómenos o procesos cuya extensión y presencia sea imposible de documentarse en el tiempo histórico y en tal sentido, salvo descabelladas interpretaciones al respecto, en nada estén sentando las bases estructurales del presente ni vayan a sentar las del futuro, ha de ser descartado como problema de estudio guía de las investigaciones del tipo de historiador y del tipo de Historia que propongo acoplado a la época actual.

¿Se está entonces ante la asignación de una tarea titánica que demanda incluso del historiador en ciernes inusitada acuciosidad para llevar a cabo el ingente ejercicio de identificar lo en los párrafos precedentes renombrado *lo histórico*? La respuesta es sí por la calle del medio. Pero no por dura, no por agotadora, no por innovadora, dicha tarea ha de ser proclamada imposible de llevar a cabo y/o susceptible de generar incontables y truculentas confusiones, en tanto y cuanto cualesquiera fenómenos o procesos puestos en marcha en el pasado podrían alegarse se proyectan en el presente y el futuro. Nada más incierto. No todas las pugnas del ayer disponen el cuadrilátero donde se escenifican los combates de hoy ni se montarán los enfrentamientos de mañana. Buena parte de lo que todavía muchos historiadores se empeñan en vender como relevante no es más que conjunto de cadáveres imposibilitados de brindar evidencia alguna al mejor de los investigadores forenses. Está bien como interés particular de individualidades a sí mismas justificadas por el cultivo de la erudición, pero no más. Hasta allí.

Al opósito, otros fenómenos y procesos cuya noria se echó andar en el pasado, acogotan a los hombres y mujeres de nuestros días y delinean, por no decir amenazan, su

devenir, razón por la cual perfectamente encajan en el concepto *lo histórico* sugerido. En términos globales, frente al derrotero mostrado por los medios de comunicación y sufrido en carne propia por millones de personas en numerosas partes del planeta, ¿se puede estar racionalmente en desacuerdo con la noción de que el más importante papel de los historiadores tendría que ser hoy día develar y dar a comprender los mecanismos a través de los cuales operan con remozados ropajes, para en consecuencia denunciarlos y combatirlos, males ancestrales (entiéndase aquello relativo a lo antepasado) como el racismo, la intolerancia, el fanatismo y fundamentalismo religiosos, el totalitarismo en todas sus variantes, el chovinismo, el separatismo, el militarismo, entre tantos ejemplos de la perversión y estupidez humana desplegados incluso de un siglo a los siguientes?

En el caso concreto de América Latina, ¿no resulta cuando menos cínica la pretensión del historiador de desviar su mirada para no topar de frente con taras seculares como el autoritarismo, la exclusión social, la subordinación de la mujer, el personalismo político, el mesianismo, el populismo, el pretorianismo, el clientelismo político, las relaciones de corte caudillistas y tantos otros demonios que, con retoques cosméticos, aquí y acullá campean o renacen cada tanto en estos países, logrando que prevalezcan sociedades que, sin tremendismo alguno, bien pueden calificarse de premodernas?

Empeñarse en la disección de insustanciales temas pasados cuyo entendimiento en nada agrega valor a los esfuerzos por mejorar la vida presente y futura de la humanidad, en tanto y cuanto no están presentes en estas dos últimas temporalidades, no es lo que entiendo debe ser el afán del investigador histórico. Más concretamente, temas así identificados no deberían seguir formando parte del objeto de estudio de la ciencia histórica. El pasado visto como un todo absoluto es de dimensiones colosales y por definición inabarcable. La consideración de algunas de sus expresiones ha demostrado ser inútil desde el punto de vista social, sin olvidar el aburrimiento generado en el seno de un colectivo ávido de respuestas operativas para resolver el tráfago vital. Propicio es pues el momento, para repensar el objeto de estudio de la Historia asumiendo válido servir la mesa de discusión poniendo sobre el mantel lo que con toda propiedad ha de considerarse *lo histórico*.

IV. Conclusiones.

Con respecto a la Historia, así como en relación con el resto de las ciencias, privan en el imaginario colectivo arraigadas prenociones y estereotipos. Algunos de ellos completamente desfasados de lo que ciertamente los historiadores conciben como práctica cotidiana al oficiar la disciplina académica en la cual están formados, al concretarse ésta en su papel de *historia rerum gestarum*. Otros, bien por el contrario, se acercan significativamente a la especificidad que los oficiantes de la ciencia histórica han logrado construir para ella a lo largo de su paciente accionar medido ya en centurias. Tanto unos como otros, condicionan las expectativas que el común de la gente mantiene para con los resultados de la investigación histórica, plasmados en la creación historiográfica.

Intuyo que opiniones como la siguiente retratan con fidelidad al segundo grupo. En entrevista concedida a un diario de circulación nacional, el cineasta venezolano (nótese el significativo hecho de que habla alguien que no es historiador) Alfredo Sánchez se expresó de esta manera, al referirse a las posibilidades abiertas a su oficio, cuando éste asume carácter de retrospectiva: ..."Esa mirada al pasado es interesante porque se podría explicar de dónde vienen los movimientos grandes. Cuando un movimiento se expresa con tanta virulencia viene de cosas no resueltas"...¹⁰ Desde esta óptica, el presente niega toda oportunidad de comprensión cabal a quien se le acerque sin tomar en cuenta la carga del pasado en él expresada; o lo que es lo mismo decir, necesario es rastrear los orígenes del presente en el pasado inherente.

Pero la sentencia va mucho más allá de la anterior, a veces no tan generalizada, convicción, pues apunta a determinar la importancia del presente que se pretende estudiar, que el citado cineasta sintetizó en la expresión *los movimientos grandes*. Así las cosas, no todo presente es importante ni está indisolublemente conectado con, ni fue engendrado por, el pasado, situación en la cual ni uno (el presente) ni el otro (el pasado) han de constituir motivo de desvelo para el historiador. Lo que éste está llamado a realizar como empresa vital, es determinar con el mayor grado de certeza posible cuáles hechos, fenómenos o procesos identificados en el presente son determinantes para la colectividad que los experimenta, para posteriormente lanzarse al ruedo en búsqueda de posibles causas de aquéllos, atrincheradas en el pasado. He aquí el punto de partida de lo que en las páginas precedentes definí lo realmente *histórico*: la proyección y vigencia de lo transcurrido en lo

que efectivamente transcurre, asumiendo que la mirada inicial en modo alguno debe enfocarse en el espejo retrovisor del automóvil social, sino en su parabrisas.

Pero el asunto no muere allí. Los hombres somos seres humanos no porque tenemos historia, sino por conformar una especie esencialmente social, lo cual, en términos cuasi tautológicos, nos eleva sobre el resto de las especies que pueblan el planeta, al proporcionarnos la exclusiva capacidad de hacer historia, que en modo alguno es la obra diferenciada de cada individuo, sino la suma de las obras de todos los individuos en el cuadro social en que les tocó vivir. Y esa capacidad de hacer historia va intrínsecamente aparejada, aunque no siempre así se entienda y asuma, a la posibilidad de soñar y/o construir futuros alternativos a aquellos que lucen aparentemente inevitables. En consecuencia, toda sociedad, de cara a su progreso, está obligada a formularse interrogantes que se tornan trascendentes al corresponderse con el siguiente tenor: ¿qué futuro desean sus integrantes? ¿Cuál debe ser el accionar presente de sus mujeres y hombres una vez se trazaron el objetivo de edificar determinado futuro anhelado?

He aquí la otra base del andamiaje llamado a servir de inspiración al desempeño del historiador del tiempo actual y del tiempo por venir: el futuro deseado, el futuro esperado, para consecuentemente identificar las constantes históricas que pueden efectivamente estar condicionando o van a condicionar la armazón de ese futuro y proponer cursos de acción alternos encaminados a desbaratar el condicionamiento detectado. Nuevamente, la mirada inicial no es hacia atrás sino hacia delante y todo cuanto se muestre socialmente relevante en el mañana factible de ser erigido, deberá contrastarse con lo ocurrido tiempo ha en aras de establecer, allí donde sea posible, los hilos de continuidad entre ambas temporalidades, a sabiendas que no siempre tal empeño resultará exitoso, lo cual obliga a descartar cualquier historicismo fanático, en tanto y cuanto demandante de tiempo a ser destinado a reflexionar sobre algo que no reviste mayor importancia, urgencia y/o trascendencia.

En síntesis, el debate planteado en la actualidad y para las décadas cercanas, sobre la vigencia, pertinencia, alcances y utilidad social de la ciencia histórica, pasa directa e inexcusablemente por la consideración y/o posible revisión de su objeto de estudio, aquí denominado *lo histórico* en concreto. Como propuesta, éste es un modelo aún por armar y en aras de facilitar la tarea me atrevo a sugerir que el concepto *lo histórico* es en términos

operativos inviable, si sus raíces no son alimentadas con la visión panorámica del historiador paseándose sobre el presente y el futuro, entendidos como peldaños primigenios de cierta escalera que sin más tropiezos conduce inevitablemente al pasado.

Pero el historiador debe ser consciente que no todas las escalinatas sirven para ir al mismo sitio y en muchos casos el intento por relacionar las tres temporalidades no prosperará. Por más pasión que lo anime a desempeñar su labor, debe acotar ésta en función de los acontecimientos, fenómenos o procesos cuya ocurrencia sea ciertamente susceptible de ser documentada en lo que con toda propiedad ha de conceptuarse tiempo histórico. La sabiduría popular aconseja desechar cualesquiera vanos intentos por encontrar la inexistente quinta extremidad del felino domesticado.

Si algo caracteriza a la época actual, apellidada posmodernidad por importantes pensadores, es la necesidad de acometer sin demora profundas reflexiones epistemológicas. Esto atañe a los objetos de estudio y a los métodos de trabajo de cada ciencia en particular. Como es dable esperar, la Historia no puede pretender eludir tal requerimiento, so pena en actitud suicida los llamados en primer lugar a defenderla y promocionarla (los historiadores) acusen la mayor de las indolencias y en consecuencia traten de rehuir la responsabilidad de hacer todo lo conducente para remozarla, revitalizarla y engrandecerla. Amén de todas las inexactitudes y carencias argumentativas que puedan encontrarse en las ideas expuestas en las páginas precedentes, valórese la intención de terciar en el debate sobre la redefinición de aquello que en concreto ha de suscitar el interés de los historiadores en el siglo que apenas despierta. Discusión, a qué dudarle, de vital significado para quienes aún creen (creemos) que la Historia como oficio bien vale la pena.

V. Referencias.

¹Manuel Moreno Fragnals (1999). *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. Barcelona: Editorial Crítica. p. 15.

² *Ibíd.* p. 23.

³ Carlos Barros (1993) *La historia que viene* [Documento en línea]. Disponible en: http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/historia_que%20viene.htm [Consulta: 2008, septiembre 18].

⁴ Rigoberto Lanz (2008, septiembre 7). Cuando la teoría oscurece la práctica. *El Nacional*, Caracas, p. 14 (cuerpo Nación).

-
- ⁵ Jerzy Topolsky (1982). *Metodología de la Historia*. Madrid: Ediciones Cátedra. pp. 15-16.
- ⁶ Germán Carrera Damas (2000). *Búsqueda: nuevas rutas para la historia de Venezuela*. Caracas: Contraloría General de la República. p. 13.
- ⁷ Marc Bloch (1979). *Introducción a la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica. p. 40.
- ⁸ María Concepción Domínguez Garrido (coordinadora) (2004). *Didáctica de las Ciencias Sociales*. Madrid: Pearson Prentice Hall. p. 245.
- ⁹ *Ibíd.* p. 244.
- ¹⁰ Nerea Dolara (2008, septiembre 26). Esto no es un panegírico de Rómulo Betancourt [entrevista a Alfredo Sánchez]. *El Nacional*, Caracas, p. 4 (cuerpo Escenas).